CAPÍTULO QUINTO

(APÉNDICE)

La «Neo-Escolástica» al comenzar el siglo XX.

I

A manera de «apéndice» vamos á poner á la vista del lector un cuadro sencillo, y en sus líneas más generales, del estado de la filosofía escolástica al comenzar el siglo XX. Sin entrar en detalles minuciosos, ni en particularidades de crítica y exposición de ideas, procuraremos reseñar *per summa capita*, pero con datos fehacientes, el renacimiento vigoroso, creciente y lleno de vida del pensamiento especulativo en los centros del mundo católico.

Al llamamiento del gran León XIII hacia una orientación común de la filosofía cristiana, han despertado las fuerzas intelectuales, deponiendo sus divergencias, para entrar unidas por el camino señalado de la tradición y de las ciencias: eruditos, sabios y filósofos, hombres de fe y de buena voluntad han concurrido de todas partes á la reconstrucción del edificio filosófico, sobre

la base firme de la historia, de la ciencia y de la especulación racional. La encíclica *Æterni Patris* formará época en la historia, no ya sólo del pensamiento católico, sino del pensamiento humano. Un filósofo herbartiano, Durdik, concluía en 1887 su *Historia de la filosofía moderna* con estas palabras: «Después de la encíclica *Æterni Patris*, la filosofía ha entrado en un período nuevo, habiéndose iniciado en esta dirección un movimiento poderoso que formará época en la historia» (1). De entonces acá, el movimiento se ha agrandado en proporciones extraordinarias, para entrar pujante y decidido en el siglo XX. Santo Tomás representará en este siglo la especulación racional, prudente y del buen sentido, asentada sobre dos bases sólidas y amplísimas de la tradición histórica y de la inducción científica; ella ocupará un medio entre las exageraciones del idealismo subjetivista y su crítica demoledora y las negaciones brutales del materialismo positivista, y en ella encontrarán solución á sus dudas escépticos y desesperados intelectuales, y cuantos lealmente busquen un ideal que garantice la vida intelectual, moral, social y religiosa de la humanidad.

Italia, Bélgica, Francia, Alemania, España, Suiza, Austria-Hungría, los Estados Unidos, han respondido al llamamiento: en todas estas naciones ha vibrado más ó menos poderoso el entusiasmo, y se ha manifestado la actividad de los sabios ofreciéndose á concurrir á la realización del pensamiento de León XIII, en los órdenes filosófico, científico y social. Los Congresos nacionales habidos en todas ellas han proclamado, como una de las necesidades principales en los tiempos presentes, el cultivo intenso de la ciencia católica, la fundación de centros en donde puedan formarse, sin menoscabo de su fe, hombres sabios y creyentes, y la creación de grandes sociedades científicas. La publicación de multitud de revistas de carácter general ó especial con el fin de universalizar más y más la ciencia cristiana, haciéndola llegar á las regiones más apartadas del mundo, es una prueba bien evidente de que la iniciativa y los esfuerzos generosos no han caído en el vacío. Finalmente, los Congresos científicos internacionales, á fin de dar más cohesión á los trabajos esparcidos y aumentar su eficacia, han venido á coronar la obra, estrechando y poniendo en comunicación los hombres y las ideas, rompiendo las barreras nacionales, ya que para la fe y para la ciencia éstas no deben existir; imitando en esto á aquella época de los grandes pensadores medioevales, cuando la ciencia y su enseñanza revestían carácter internacional.

De este movimiento general sólo un aspecto nos interesa, y es la filosofía especulativa. En este punto debemos consignar, antes que nada, que las tendencias no han llegado á ser del todo uniformes al presente. La falta de una orientación

(1) Véase en la *Revue philosophique* el artículo de M. Picavet: *Le mouvement néo-thomiste;* año 1892, vol. I, pág. 294.

fija en el mayor número de pensadores católicos de los dos primeros tercios del siglo último, y las múltiples cuanto desdichadas tentativas de formar un cuerpo de doctrina que oponer á la invasión materialista y racionalista, sin tener en cuenta la tradición, engendraron una educación viciosa y refractaria á todo lo que fuese volver á las aguas puras del pasado. Esta educación ha sido profunda y duradera en Francia, debido á las hondas raíces que allí echaron las doctrinas de Descartes, afianzada en los centros oficiales con el espiritualismo indefinido é incoloro de Cousin primero, después de Ravaison, y últimamente con el idealismo kantiano, como el enseñado por Boutroux y otros en la Sorbona, unido al sentimentalismo moral en el orden práctico. Pero aun aquí se ha podido notar, en estos últimos años, un desfile bastante general al campo de la tradición.

Por oposición al grupo anterior hay otro de criterio estrecho, y tan aferrado á la tradición como aislado del mundo de las ideas en que vivimos, que sueña peligros en cuanto ha producido el pensamiento moderno; y sin cuidarse de hacer la selección de lo bueno y lo malo, lo condena todo sin apelación, y entiende que la filosofía debe limitarse á desenvolver los principios por procedimientos deductivos *a priori*. Para ellos la filosofía no tiene progreso, y debe ser cultivada y expuesta como lo hubiera hecho cualquier filósofo de los siglos XIII ó XIV. Estos son todavía en gran número, pero sin fuerza positiva; el mayor obstáculo que ofrecen al desenvolvimiento de las ideas, consiste en su terca pasividad.

El tercer grupo, finalmente, ha escrito á la cabeza de su programa este hermoso lema, tomado de la encíclica *Æterni Patris*: «*Vetera novis augere et perficere*»; y su pensamiento es unir á la gran tradición escolástica las ciencias del presente, de cuya unión resulte una verdadera filosofía científica. Dos cosas se propone llevar á cabo, y ya tiene andado gran parte del camino: primera, sacar á la luz del día y estudiar en toda su extensión las ideas del pasado, especialmente de los grandes pensadores de la Edad Media, y restituirles su influencia en el pensamiento de épocas posteriores, y todo ello con verdadero sentido histórico-crítico; y segunda, dar á la construcción filosófica una base científica, completándola con lo bueno que pueda hallarse en la filosofía moderna. De aquí resultará un eclecticismo racional y prudente, en donde, al lado de la tradición con su buen sentido, tendrán cabida las últimas inducciones de la ciencia y las cuestiones nuevas suscitadas por la especulación intelectual, quedando lugar en su anchuroso campo al progreso filosófico.

Esta dirección, conocida con el nombre de *neo-escolástica* ó *neo-tomista* por inspirarse en Santo Tomás con preferencia á los demás escolásticos, es la que nos proponemos describir aquí sucintamente. Su exuberante vitalidad aparecerá bien manifiesta con sólo enumerar las múlti-

ples instituciones y centros de cultura que ha producido en estos últimos años, y las obras de carácter general y especial, y, más que nada, la labor constante y estudio de cuestiones especulativas y prácticas que suponen el sinnúmero de publicaciones periódicas, ya exclusivamente filosóficas, ya de carácter general y de aplicación á los problemas morales y sociales.

II

No será inoportuno reproducir aquí algunos pensamientos de la citada Encíclica, y especialmente ciertos detalles de la misma, no siempre tenidos en cuenta, y que ofrecen hoy interés excepcional. León XIII advierte la importancia que para la fe y las ciencias tiene una buena formación filosófica, y los resultados deplorables en uno y otro orden, así como en general para la vida social, que derivan de una viciosa educación del entendimiento. Muestra la excelencia de los principios y del método seguidos por Santo Tomás de Aquino, y sus fecundos resultados, y los compara á las incertidumbres, las divisiones y los mediocres cuando no malos efectos de la filosofía moderna «en detrimento de las mismas ciencias».

«Pero, prosigue León XIII, cuando hablamos así, está muy lejos de nuestro ánimo desaprobar la conducta de los hombres doctos y hábiles que en servicio de la filosofía emplean sus talentos,

su erudición y las riquezas de recientes descubrimientos; porque sabemos muy bien que *los progresos de la doctrina* así lo exigen. Pero es necesario evitar con cuidado el consagrarse exclusivamente, á los detalles de *erudición ingeniosa*.

»Por último, añade, todos los ramos del saber humano han de esperar grande auxilio y acrecentamiento de una buena filosofía. Esta, en efecto, es como la savia reguladora que les señala á todos el modo de razonar bien y su método propio; ella es como la fuente de vida, adonde todas las ciencias juntas van á beber el espíritu que las anima. Los hechos, la experiencia constante establecen que las artes liberales han florecido más, cuando se ha cultivado la sana y recta filosofía; y que han sido aquellas abandonadas ó caído en olvido, cuando la filosofía perdió su rectitud ó se entregó á vanos sofismas y argucias.

»Esta es la razón por qué hasta las mismas ciencias físicas, hoy tenidas en tan alta estima y tan admiradas por sus numerosos y admirables descubrimientos, no sólo no saldrán perjudicadas por la restauración de la antigua filosofía, sino que les vendrá de esta restauración mucho provecho. Para cultivarlas con fruto y hacerlas progresar, no basta considerar los hechos y contemplar la naturaleza, sino que después de haber examinado los hechos, es necesario elevarse más arriba y tratar de reconocer la naturaleza de las cosas corporales, buscar las leyes á que

aquellos obedecen, y descubrir los principios de donde derivan el orden y la unidad en su variedad, y la afinidad y unión en su diversidad. Ahora bien, la filosofía escolástica, enseñada con sabiduría, aportará á estas investigaciones un poderoso y admirable apoyo de fuerza, de luz y de ricas y fecundas consecuencias.

»A este propósito, plácenos observar también que no se puede, sin extrema injusticia, acusar á esta misma filosofía de ser opuesta al progreso y al desenvolvimiento de las ciencias naturales. ¿Acaso los escolásticos, fieles á la doctrina de los Santos Padres, no han enseñado como cosa corriente en antropología, que la inteligencia humana no podía conocer lo inmaterial y espiritual más que por las cosas sensibles? ¿No han deducido de aquí como consecuencia natural, que nada hay más útil al filósofo que escrudiñar diligentemente los secretos de la naturaleza, y aplicarse amplia y hondamente al estudio de los seres físicos? Y en efecto: Santo Tomás, Alberto el Grande y los principales maestros de la Escuela, no se han entregado de tal modo á las contemplaciones filosóficas y abstractas, sin que á la vez hayan prestado mucha atención al conocimiento de los seres naturales»...

Dice además el Santo Padre, que debemos acoger «con placer y gratitud todo pensamiento sabio, todo descubrimiento útil vengan de donde vinieren»; y añade: «si aparecieren en las doctrinas de los doctores escolásticos cuestiones demasiado sutiles, soluciones poco fundadas, teorías que no armonicen bien con doctrinas demostradas en edades posteriores, ó algo, en fin, que esté destituido de probabilidad, de ningún modo es nuestro ánimo proponerlo á la imitación de nuestros contemporáneos» (1).

Antes que León XIII, ya Pío IX se había preocupado del estado anárquico y falto de orientación y unidad de la filosofía en los centros católicos y aun eclesiásticos; en varias ocasiones había manifestado bien claramente sus simpatías por el restablecimiento de los sólidos principios de la tradición escolástica; pero el terreno no estaba suficientemente preparado, siendo preciso antes suavizar asperezas y vencer no pocas resistencias, las cuales eran más tenaces que en ninguna otra parte en la misma Roma. Sanseverino, de cartesiano que era, convertido al tomismo por una especie de revelación casual, enarboló la bandera de las nuevas ideas, publicando, hacia 1860, su *Philosophia christiana cum antiqua et nova comparata,* cuyo éxito fué grande. Entre los muchos que se afiliaron á la nueva escuela se distinguieron Signoriello, discípulo de Sanseverino, y sobre todo el P. Cornoldi, hombre tenaz y batallador por temperamento,

(1) Encíclica *Æterni Patris*, 4 de Agosto de 1879.—Véase el cap. titulado *Paroles de Léon XIII*, en la obra reciente de J. Didiot, *Contribution philosophique à l'étude des sciences.* Lille, Desclée 1902.

quien, en unión con varios científicos, fundó en Bolonia una *Academia filosófico-medical*, cuyos miembros redactaban la *Scienza Italiana*, donde se respondía rudamente á los adversarios, y se aplicaban á la ciencia los principios escolásticos.

La elevación al trono pontificio de León XIII, que ya se había significado entre los decididos partidarios de la restauración tradicional, abatió las energías de los unos y afirmó las esperanzas de los otros, que veían en él la mejor garantía del triunfo decisivo de la causa en un porvenir no lejano.

Roma, sin embargo, no quería entender la voluntad repetidas veces manifestada y bien clara del Papa, quien, firme en su propósito de poner término á semejante confusión, estableció en el Colegio romano, donde la resistencia á entrar por la tradición escolástica era mayor, una clase libre de filosofía tomista, que él mismo encomendó al P. Cornoldi. Esto sucedía en 1878, precisamente cuando uno de los profesores de filosofía del mismo Colegio se ocupaba en combatir la escolástica, y otro seguía paso á paso en sus explicaciones á Descartes (1). León XIII, entre tanto, meditaba poner fin á esta anarquía en Roma y fuera de Roma, y preparaba la famosa

(1) El primero fué Palmieri, sucesor de Tongiorgí, quien, hasta la nueva época, venía ejerciendo la dictadura en materias de filosofía, y el segundo Caretti. Uno y otro desaparecieron de la escena al año siguiente.

Encíclica *Æterni Patris*, que ha sido el punto de partida de una nueva época para la filosofía cristiana. El efecto que en el campo enemigo de la escolástica, entre cartesianos, rosminianos é independientes, causó la decisión pontificia, para muchos ni siquiera sospechada, fué terrible y decisivo. Y á fin de que Roma diese el ejemplo en cumplir las instrucciones contenidas en el documento, el mismo León XIII eligió personalmente los directores de los distintos centros de enseñanza eclesiástica de Roma, de ideas probadamente tomistas. El P. Cornoldi entró en el Colegio romano, Zigliara en la Minerva, Lorenzelli y Satolli en el de la Propaganda, y Talamo en el Apolinar.

La voz del Papa fué oída con respeto, aunque al pronto no en todas partes encontrase la misma benévola acogida; después, el tiempo se encargó de suavizar asperezas y disipar prejuicios de una educación viciosa y larga, que estaba en la masa general. Los colegios de Roma, inspirados desde entonces directamente por León XIII, han contribuído poderosamente á uniformar la enseñanza filosófica según las doctrinas del Angel de las Escuelas. Merced á su carácter internacional, dado que en ellos venían formando su inteligencia eclesiásticos de todo el mundo católico, han influído, tanto como en Italia, en los centros eclesiásticos de Europa y América.

Á fin de facilitar el estudio directo de las fuentes de la tradición, el mismo Santo Padre ordenó, al año siguiente de publicada la Encícli-

ca, se procediese á una nueva edición de las obras de Santo Tomas, cuya dirección fué encomendada á tres cardenales, entre ellos al Cardenal Zigliara, al mismo tiempo que fundaba la *Accademia Romana di san Tommaso*, presidida por los Cardenales Pecci y Zigliara, con el objeto de que fuese centro de acción constante, y diera más fuerza y cohesión á los trabajos individuales.

Bastó muy poco tiempo para que los seminarios, casi sin excepción, regulasen su enseñanza filosófica á ejemplo de Roma, y Sanseverino, Signoriello, Prisco, Liberatore, Zigliara, Cornoldi, fueron durante mucho tiempo, con sus obras, los maestros universales en los centros eclesiásticos.

En 1880 comenzó á publicarse en Placencia la revista filosófica *Divus Thomas*, y en 1881 la *Accademia Romana di San Tommaso d'Aquino*, órgano de la sociedad filosófica de este nombre; las cuales, con otras de carácter más general, pero preferentemente filosóficas, tales como la *Civiltá Cattolica* en Roma, la *Scienza italiana* en Bolonia, la *Scuola cattolica* en Milán, han venido siendo fieles mantenedores de las direcciones pontificias (1).

Se ha censurado en los tomistas romanos el ser excesivamente teólogos en filosofía; también se les achaca la falta de espíritu crítico en el

(1) Hoy no se publican ya ni la *Accademia Romana di San Tommaso* ni la *Scienza italiana*.

conocimiento de la tradición, así como el no haber tenido en cuenta, como era necesario, las condiciones del pensamiento moderno, al cual dan muchas veces muestras de no conocer ó de conocer mal; y, por último, de no haberse preocupado gran cosa de las relaciones de la filosofía y la ciencia: puntos uno y otro capitales para que un sistema de ideas pueda abrirse paso y entrar á vivir en el pensamiento contemporáneo.

No nos detendremos en aquilatar la parte de verdad y de exageración que en semejantes acusaciones pueda encerrarse; pero es indudable que, aparte de la injusticia que suele haber en toda afirmación absoluta, por lo menos en su fondo contienen aquellas censuras algo de verdad. Y si por los efectos ha de juzgarse el árbol, había derecho á esperar algo más fuera de los centros eclesiásticos, y una acción más sensible en el pensamiento de nuestros días, donde ésta ha sido muy escasa; en general, puede decirse que el tomismo romano ha tratado de reconstruir una filosofía para uso propio, exclusivamente interior é inaccesible á los de fuera, sin curarse de revestir sus ideas de formas atractivas, que hicieran borrar el supremo desdén, que una educación errónea y secular ha inspirado á la mayoría de los pensadores y hombres de ciencia, hacia las doctrinas de los tiempos medios. No hay que olvidar, para que el juicio sea justo, que estos esfuerzos pertenecen á la primera época de la gran restauración, que en ellos se